

El Imperio del Sol Naciente: la aventura comercial

JAVIER YUSTE GONZÁLEZ



Colección: Historia Incógnita
www.historiaincognita.com

Título: *El Imperio del Sol Naciente: la aventura comercial*

Autor: © Javier Yuste González

Copyright de la presente edición: © 2015 Ediciones Nowtilus, S. L.

Doña Juana I de Castilla 44, 3.º C, 28027 Madrid

www.nowtilus.com

Elaboración de textos: Santos Rodríguez

Revisión y adaptación literaria: Teresa Escarpenter

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Diseño y realización de cubierta: Reyes Muñoz de la Sierra

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ISBN edición impresa: 978-84-9967-689-0

ISBN impresión bajo demanda: 978-84-9967-690-6

ISBN edición digital: 978-84-9967-691-3

Fecha de edición: Marzo 2015

Impreso en España

Imprime: Grafilia

Depósito legal: M-4966-2015

Dedico esta obra a Francisco Javier, mi padre, quien, al ser oriundo de tierra de conquistadores, siempre ha seguido los pasos de estos hombres a través de los mapas y sus memorias.

Y, como en todo lo que he hecho y haré de bien en mi vida, a Rosa, mi querida madre.

Índice

Prólogo	11
Contextualización geográfica	13
Introducción	19
Capítulo 1. La fascinación por Cipango atrae a aventureros y conquistadores	25
Capítulo 2. Notas necesarias para comprender el Japón del primer contacto con Occidente	37
Capítulo 3. De la apertura al aislamiento a grandes rasgos	47
Capítulo 4. Portugueses y jesuitas arriban a Japón	57
Capítulo 5. Un piloto inglés en la corte del sogún	65

Capítulo 6. Tokugawa Ieyasu tiende la mano a Nueva España	73
Capítulo 7. La embajada de Sebastián Vizcaíno	83
Capítulo 8. La conspiración de Adams y el fin de la presencia española en Japón	93
Capítulo 9. Historia de la Compañía de las Indias Orientales de Londres en Firando	101
Capítulo 10. Así paga Edo a los traidores	111
Capítulo 11. La santa madre Rusia se asoma al Pacífico	117
Capítulo 12. Primeros barcos norteamericanos en Japón	125
Capítulo 13. Albión mira más allá del mar de la China	133
Capítulo 14. Dejima queda aislada del mundo	141
Capítulo 15. Tratando de abrir los ojos	149
Capítulo 16. Rompiendo el muro	157
Capítulo 17. Donde Biddle fracasa, Glynn cumple	163
Capítulo 18. El comodoro Perry prepara la tenaza	171
Capítulo 19. Arriban los <i>kurofune</i>	183
Capítulo 20. Encuentro crucial en Kurihama	191
Capítulo 21. Forjando una voluntad para un acuerdo	201
Capítulo 22. Consecuencias del acuerdo logrado por el comodoro Perry	207

Capítulo 23. Relaciones entre España y el Imperio del Sol Naciente tras siglos de desentendimiento	217
Epílogo	231
Eje temporal	233
Bibliografía	263
Notas	269

Prólogo

Hace unos cuantos años paseaba por la ribera del Guadalquivir, por un pueblo de casas blancas y sol andaluz con el curioso nombre de Coria del Río, un lugar que era y es huella de la historia y testimonio de nuestro pasado. Coria del Río fue amarradero de los barcos de Castilla allá por los años en los que España era un imperio allende los océanos.

Así que yo caminaba por la orilla imaginando bosques de mástiles, esperando cruzarme con algún estibador que bajase corachas de pimienta de uno de los galeones de Manila, o con rudos hombres de los Tercios, de esos con capas terciadas y la vizcaína afilada, que protegiesen la descarga de un cofre con plata de Potosí. Quizás con suerte, vería algún piloto que hubiera conocido al mismo Juan de la Cosa, incluso podía toparme con algún buscavidas malcarado que marchase a las Indias para hacer fortuna siguiendo los pasos de Ojeda o Cortés, aun pese a que la porquería de la última piara a su cuidado todavía le solase las botas.

Ese es el vicio de cualquier novelista, soñar despierto con los relatos que revolotean a su alrededor, esperando terminar atrapados en cárceles de tinta y papel.

Y entonces, y he de reconocer que casi me caigo, topé de bruces con la estatua de un samurái. ¡Sí, un samurái! Con su armadura, con

sus sables, con toda la parafernalia de los hombres de los señoríos feudales que pueblan las películas de Kurosawa.

Tan extravagante como pueda parecer, pero tan real como la Giralda. A unos kilómetros al sur de Sevilla, en la ribera del Guadalquivir: una estatua de un samurái. Y fue tal la impresión que no pude evitar interesarme en la historia de aquel guerrero, porque ese es el pecado del novelista, robar historias a la historia.

Así fue como conocí la embajada Keichō y su apasionante viaje desde el mítico Cipango de Marco Polo hasta esa Sevilla imperial de Felipe III. Con lo cual tuve elementos para construir un relato; no solo tenía el escenario adecuado, samuráis en Sevilla, tenía también elementos fantásticos para aderezarlo: los Tercios, el comercio en las Indias, la vida en las Filipinas, la unificación del Japón, el recordado asedio de Fushimi.

Y el país del sol naciente me quedaba relativamente cerca (al menos espiritualmente) porque llevaba años cultivando bonsáis y dedicándole mucho tiempo al arte de las *piedras para contemplar*, así que el veneno se extendió rápido y pronto descubrí que tenía una novela en ciernes, sin embargo, ahí empezaron las dificultades.

En Occidente es muy poco lo que sabíamos y sabemos sobre esas relaciones de la Europa en ciernes con aquel lejano y convulso Oriente. El trabajo de documentación fue durísimo, apenas encontraba referencias fiables y las que acababan en mis manos no siempre eran fáciles de interpretar. Finalmente *Rōnin; la leyenda del samurái azotado por el viento* vio la luz, pero esa ha sido, sin duda, la novela que más me ha hecho sufrir.

Por eso mismo lamento profundamente que Javier Yuste haya escrito *El Imperio del Sol Naciente* con tanto retraso... Porque este es un ensayo completo, riguroso, de fácil lectura, y que cubre, de manera sobresaliente, esa parte de la Historia que tantos pesares me produjo. Javier Yuste ha conseguido elaborar un compendio ecuánime, alejado de la farisea política, justo con los datos históricos susceptibles de corroborarse y, lo que no es menos importante, bien escrito, incluso con detalles novelescos que resultan de lo más sorprendentes.

Me hubiera encantado disponer del trabajo de Javier Yuste hace unos años, cuando no encontraba asideros en mi labor de documentación. Así que, querido lector, usted que puede, no desaproveche la oportunidad que ahora se le brinda.

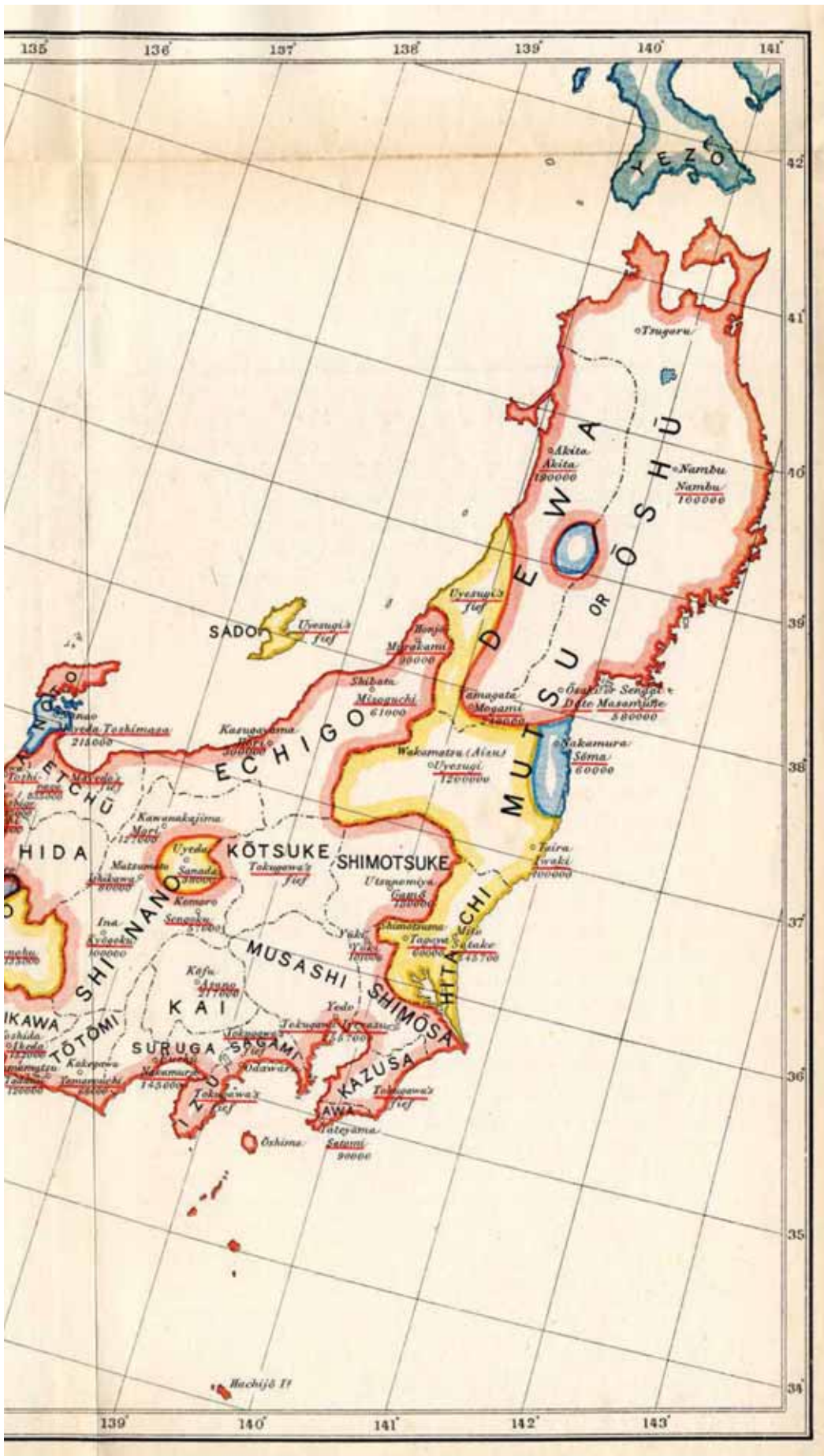
Francisco Narla
Escritor y comandante de línea aérea

Contextualización geográfica

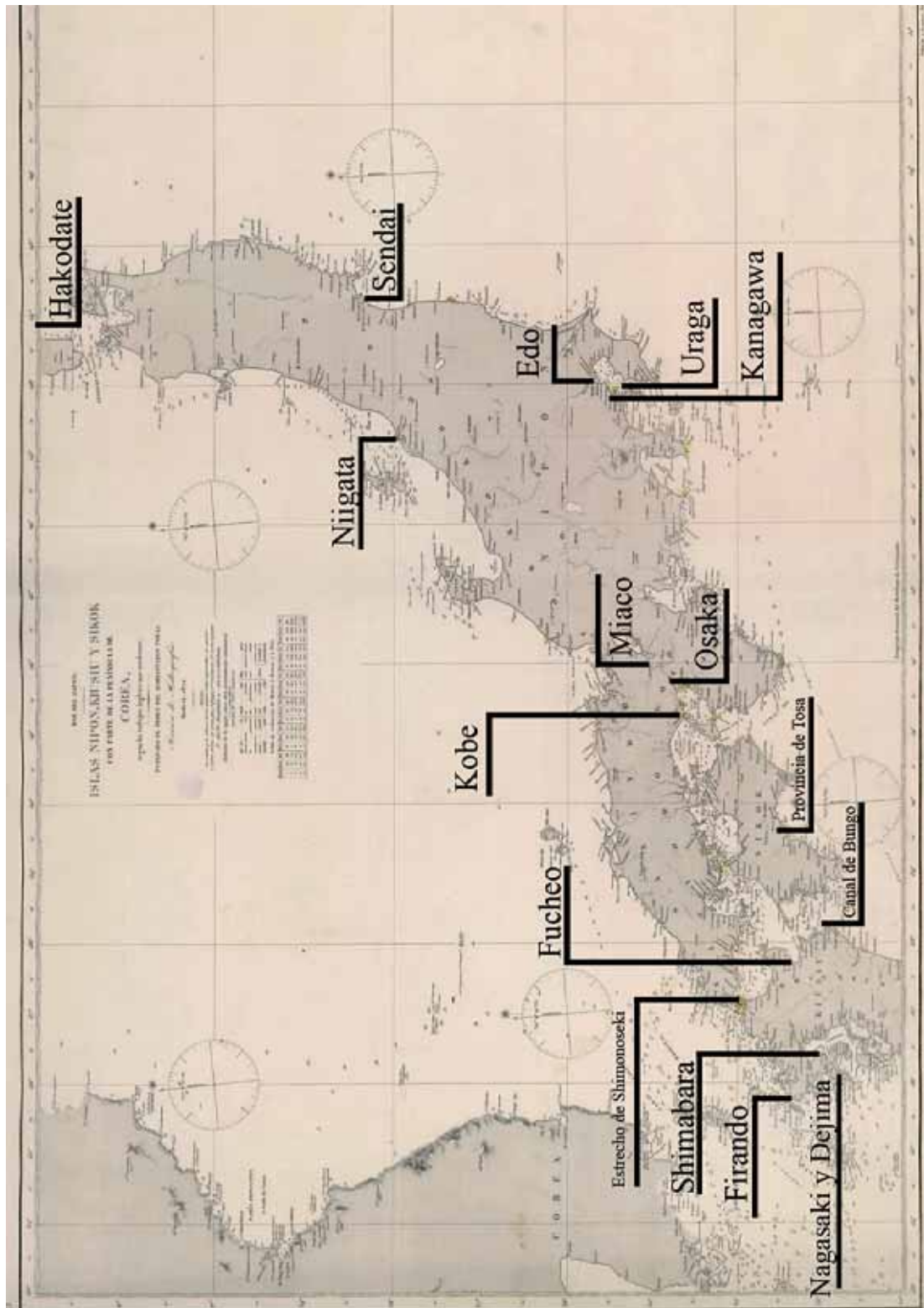
Para un lector una cosa es lanzarse a lo desconocido y otra, bien distinta, perderse. Y, a la hora de publicar un libro en el que se narran aventuras y viajes, hay pocas faltas más graves que el no adjuntarle el correspondiente apéndice cartográfico.

Sin duda, le resultaría a usted costoso cargar con un atlas cada vez que se adentra en las profundidades de esta obra; así que consideramos que verá con buenos ojos que, con esmero y paciencia, hayamos confeccionado algunos planos o mapas, marcando en los mismos poblaciones de interés y de exótico nombre que se van referenciando; todo ello con el único fin de que siga sin titubeos el recorrido a lo largo de Japón de los personajes que pueblan los capítulos y no se despiste con la confusión que puede provocar la situación de lugares tales como, por ejemplo, Fucheo, Uraga y Hakodatē.

Sin mapas, muchas veces nos perdemos gran parte de la historia.



Mapa del Japón feudal antes de la batalla de Sekigahara, contenido en la obra *A history of Japan, during the century of early foreign intercourse (1542-1651)*.



Carta de Japón con las islas de Honshū, Sikoku y Kyūshū, con parte de la península de Corea (h. 617), según los trabajos ingleses más modernos (E. Pérez la grabó; P. Bacot grabó la letra), sobre la que hemos ido señalando diferentes puntos importantes en el devenir histórico de los contactos entre occidentales y nipones. Fuente: Biblioteca Nacional de España, Madrid



Mapa de la isla de Kyūshū, en el que se indican, además, los puntos capitales en el devenir histórico de los contactos entre occidentales y nipones (elaboración propia).



Mapa de Japón con identificación de las distintas islas (elaboración propia).

Introducción

La curiosidad de aquel escrupuloso nipón llamado Nagazima Saboroske¹ comenzaba a rebasar temerariamente el límite. La paciencia del capitán de navío Franklin Buchanan², comandante de la fragata a vapor USS *Susquehanna*, en cuyos mástiles ondeaba el gallardetón del comodoro³ Matthew Calbraight Perry, estaba siendo puesta a prueba. Ya había perdido la cuenta de las veces que había insinuado al delegado japonés, por medio de su intérprete, Anton Portman, que abandonara su estudiada retahíla de preguntas impertinentes, que se encontraba en presencia de un oficial de la Marina de guerra de los Estados Unidos de América y que era costumbre a respetar que, haciendo honor a su rango, no se lo sometiera a tal interrogatorio.

A la par, Buchanan insistía una y otra vez en hacerle entender al nipón que aquella expedición norteamericana no era de índole comercial sino militar, por lo que los cuatro navíos que estaban fondeados en la boca de la bahía de Edo, las fragatas *Susquehanna* y *Mississippi* y las corbetas *Plymouth* y *Saratoga*, no pondrían rumbo a Nagasaki, puerto en el que se «trataban» los asuntos mercantiles con los extranjeros.

Pero aquel delegado, quien se presentó erróneamente como representante de la provincia de Uraga (actual Yokosuka), parecía no comprender

lo que se le decía. Es posible que las palabras del comandante de la *Susquehanna* se perdieran entre el embrollo dialéctico que suponía que Mr. Portman tradujera del inglés al holandés y que el intérprete que acompañaba al oficial nipón hiciera lo mismo del holandés al japonés. Así, bajo la máscara de la cortesía y el cruce de lenguas, la lista de preguntas parecía no tener fin.

—¿Cuándo llegarán otros? —preguntó el oficial japonés en relación con aquellos buques que asemejaban volcanes flotantes. Era la primera vez que en Japón se veían barcos a vapor.

—No lo sé; eso depende de la contestación que se dé a la carta —replicó Buchanan refiriéndose, una vez más durante aquella larga conversación, a la misiva que el presidente Millard Fillmore había dado al comodoro Perry, junto a sus credenciales, para que fuera entregada personalmente a un representante imperial.

—¿Qué contiene la carta? —continuó el nipón, irritando aún más a Buchanan.

El comandante hizo un nuevo esfuerzo para contener su exasperación al dirigirse a Portman.

—Dígale, señor, que la carta es del presidente de los Estados Unidos de América para el emperador del Japón, y que resulta de lo más indecoroso preguntarme sobre su contenido.

Buchanan desvió una vez más la mirada hacia uno de los portillos y frunció el ceño al comprobar que aquellas embarcaciones hostiles, unas quinientas formadas en línea, seguían rodeando a los cuatro buques, prestando especial atención a la *Susquehanna*, su preciada fragata. Desde su posición podía verlas sin necesidad de catalejo, cargadas con hasta veinticinco soldados provistos de lanzas, arcabuces y mosquetes, los cuales no dejaban de hostigar a la flota recién llegada que debía causarles verdadero pavor, pero tal congoja la sabían ocultar perfectamente tras sus severos semblantes.

Aquella táctica no era desconocida ni para Buchanan ni para ningún otro oficial a bordo de los buques de guerra norteamericanos, ya que era de esperar. Constituía una medida generalizada de repeler los navíos extranjeros que se atreviesen a quebrar la tranquilidad del país de los dioses con su mera presencia en el horizonte.

Sabiéndose poseedor de la fuerza necesaria para torcer la voluntad del representante nipón ante él sentado, cuyas buenas maneras no ocultaban la incomodidad que le causaba estar a bordo de un navío extraño, Buchanan volvió a solicitar que ordenara retirar aquellas amenazadoras

embarcaciones. En esta ocasión, supo revestir sus palabras con un claro tono amenazador.

—Hágale saber, Mr. Portman, que, sintiéndolo mucho, aun con nuestros buenos y amistosos deseos, sin el menor ánimo de provocar ningún malestar o malentendido, si no se ordena inmediatamente el repliegue de los barcos, que nos rodean, abriremos fuego contra ellos. Nuestros navíos están preparados y le concedemos no más de quince minutos para dar las órdenes pertinentes. En caso contrario, sufrirán las graves consecuencias.

El representante nipón tragó saliva con dificultad. No le pasó inadvertido que por las bandas de los cuatro navíos extranjeros asomaban casi tantos cañones como todos los que había en lo ancho y largo del Japón.

Aquel extranjero de largas patillas, y que se presentó como el comandante de aquella portentosa nave negra, no parecía estar bromeando. Presintiendo el desastre y la matanza que podría desencadenarse cuando las brigadas comenzaron a apostarse junto a sus cañones, Nakajima Saburosuke ordenó el inmediato repliegue de las molestas embarcaciones que rodeaban a los *kurofune*⁴.

Sin embargo, no todo parecía perdido para cumplir con los deseos del sogún.

Lo reconocemos sin rodeos. Nos hemos dejado llevar. La tentación de dar comienzo a la presentación de este ensayo novelizando un momento histórico de tal envergadura, como fue la primera entrevista habida entre el comandante Buchanan y el *yoriki* Nakajima Saburosuke, ha sido superior a nuestras fuerzas. Pero no fruto de una debilidad. Tan solo albergábamos el ánimo de transportar al lector hasta aquella camareta de oscuros suelos de madera que crujían al son del dulce vaivén de las ondas de la mar. Contemplar bronceados objetos sobre una mesa cubierta por decenas de cartas náuticas. Sentir el salitre mezclado con la brea y el sudor; el picor en los ojos causado por el humo de unas calderas que dotaban de antinatural vida a aquella fragata a vapor; la expectación y el nerviosismo.

Resulta complicado no hacerlo tras estudiar las cartas que el capitán de navío Buchanan envió a su hogar y que fueron recogidas en diversas publicaciones periódicas de su momento. Resulta complicado no hacerlo tras quedar abrumados con la extensa y exhaustiva transcripción de las conversaciones habidas durante aquellos cruciales días y que se conservan en distintos libros de la época.

Pero, antes de aquel 8 de julio de 1853, tuvieron que transcurrir más de tres siglos de lazos culturales y mercantiles, con sus sombras y sus luces, con abrazos fraternales y odios exacerbados. Una etapa clave de la humanidad, en plena conquista y descubrimiento de todas las tierras ocultas; de afán por saber qué se ocultaba en aquellos espacios en blanco que poblaban los mapas, en los que tan solo se leía la leyenda de «terra incognita» y sinuosos dragones se coronaban como únicos reyes y señores.

El volumen, que el curioso lector tiene ahora entre las manos, trata de seguir los pasos de aquellos hombres que, zarpando desde puertos andaluces y lisboetas, desde Ámsterdam, Londres y otros tantos, quisieron llegar hasta la mítica Cipango que Marco Polo describió. Hasta aquellas islas pobladas por hombres orientales dotados de unos niveles culturales superiores y rodeados de riquezas que solo el sol podría haber concedido.

Era como alcanzar el verdadero «fin de la Tierra».

A lo largo de los diferentes capítulos navegaremos hasta aquellas aguas y desgranaremos multitud de acontecimientos y encuentros. Seremos bien recibidos hasta que la avaricia del hombre blanco destruya la imagen de bondad natural que, según la religión sintoísta⁵, posee todo ser vivo. Las guerras no serán ajenas a estos avatares, incluso las de religión y las napoleónicas, llegando a presenciar hechos deleznable, pero también otros que fueron claves en nuestro desarrollo histórico durante los siglos XVI y XIX.

Tras largas horas de estudio, sumergidos en viejos volúmenes perdidos en los anaqueles y en periódicos amarillentos, hemos conseguido terminar este libro. En esta recopilación de datos daremos oportuna cuenta de los diferentes contactos que Occidente tuvo con Japón, especialmente aquellos que se centran en el episodio con el que hemos querido iniciar esta presentación y, como no podría ser de otro modo, aquellos en los que intervinieron distintos oficiales españoles, desde los primeros encuentros, pasando por la expulsión hasta, tras dos siglos de silencio y rencor, la restauración de relaciones diplomáticas en 1868.

Más que historia, es una aventura en pos de conocer nuestros vínculos originales con una tierra que, aún hoy, sigue sorprendiéndonos.

Ya está todo preparado. Hemos puesto el barco a son de mar y los hombres están inquietos; quieren zarpar para, algún día, poder decir «Yo he estado allí».

No hay tiempo que perder.

Es hora de soltar amarras.

Capítulo 1

La fascinación por Cipango atrae a aventureros y conquistadores

A pesar de que algunos estudiosos pretendan dar credibilidad a supuestos contactos entre civilizaciones del archipiélago del Japón y del Mediterráneo a través de endeblez los lazos formados por el paleocristianismo, la primera vez que Europa tuvo constancia de la existencia de tan extraño país fue de mano de Marco Polo, quien regresaría a su Venecia natal en 1295 tras recorrer China durante veinte años; y lo hizo cargado con relatos más o menos verosímiles sobre aquellas lejanas tierras y sus gentes, muchos de los cuales arrastran el lastre de la pura fantasía y que, en ocasiones, rayan lo absurdo.

Aunque Polo confiesa abiertamente que no llegó a poner un pie en Japón, eso no supuso impedimento alguno para elaborar relatos sobre ese país que, por cuestiones de una malformada fonética, denominó *Zipangu* cuando en 1298 recopiló en latín sus experiencias y conocimientos. La oportunidad se la brindó el propio Kublai Kan con su fallida invasión en 1281, sufriendo la ira del Viento Divino (o *Kami Kaze*).

Los habitantes de aquella asombrosa tierra denominaban a su nación *Dai Nippon*, que se puede traducir como Gran Nipón. Pero ¿qué significa *Nippon*? Procede de la unión de dos palabras propias relativas al



Detalle del Libro de las maravillas, de Marco Polo.
Fuente: <http://www.grandesexploradoresbbva.com/>

sol, *nitsu*, y a origen, *pon* o *fon*. Obviamente, el lector avisado habrá arqueado las cejas con un «¡Anda! ¡Sol naciente!».

Los chinos no pronunciaban Nippon, sino *Jih-pun*, a lo que añadían la palabra «reino» (*koue*), alcanzándose así un término más que conocido: «Imperio del Sol Naciente» o *Jih-pun koue*.

Jih-pun, por tanto, es de donde proviene la palabra Japón. Pero, sin creer que erramos, Japón tendrá su origen en la obra *Suma Oriental*,



Sir Francis Drake retratado por Marcus Gheeraerts. Fuente: Wikipedia

bolsillos, aunque todo regresó a su cauce tras el fallecimiento del monarca en 1788.

Y es que la vida en Filipinas solo giraba en torno al comercio, des-
cuidándose las demás artes y dedicándose por entero a la Carrera hacia el
Nuevo Mundo. En el transcurso de dos siglos, hasta ciento ocho navíos
de diferentes portes realizaron la travesía, registrándose tan solo veintiséis
naufragios; insignificante cifra a la que ayudó una eficaz defensa contra
la cada vez más virulenta amenaza pirática y corsaria.



El emperador Jinmu, fundador de la dinastía imperial, según Yoshitoshi Tsukiota (ukiyo-e, 1880). Fuente: ukiyo-e.org/

se entiende que el Japón era un imperio con dos gobernantes, siendo el descendiente de Ama-terasu un monarca *de iure* y el sogún Tokugawa un emperador *de facto*.

Esta bicefalia se extenderá incluso a las capitales, pues el *mikado* residirá en Miaco (Kioto) y el sogún en Edo, además de al sistema político, que seguía siendo feudal para el primero y fuertemente administrativo y militarizado para el segundo³⁰.



El gran Oda Nobunaga a caballo y con su ejército, tal y como lo interpretó el artista Kyodo Risshi en 1879. Fuente: ukiyo-e.org/



El sogún Tokugawa Ieyoshi según Utagawa Yoshitora (ukiyo-e, 1873).
Fuente: ukiyo-e.org/

Capítulo 3

De la apertura al aislamiento a grandes rasgos

El comodoro Perry y los hombres bajo su mando fueron los primeros que alcanzaron el éxito donde otros solo cosecharon un rotundo fracaso. La diosa Fortuna sonrió con más intensidad a aquellos extraños visitantes estadounidenses, en el año 1853, que Ama-terasu a sus propios fieles; sembrándose así el desánimo y el miedo en los corazones de los *fudai*³⁷.

Japón, para cuando los *kurofune* de Perry se plantan majestuosos y terribles ante la bahía de Edo, llevaba más de dos siglos de aislamiento total, si exceptuamos los contados buques de bandera holandesa y china que arribaban y zarpaban de la minúscula factoría de Dejima³⁸ y de la bahía de Nagasaki. No podría contarse entre ellos los navíos de otras naciones cuyos comandantes tenían parecida o idéntica misión que la de Perry.

Habían transcurrido muchas décadas desde que en 1638 los Tokugawa pudieron, al fin, perpetuar el aislacionismo gracias a las cenizas de la malograda rebelión Shimabara.

Se dice que el archipiélago vivió contactos con Occidente en fechas oscuras de la historia, pero para encontrarnos con documentos fiables debemos dirigir nuestra atención a los años 1543-1545, cuando se



Un miembro de la Compañía de Jesús hablando con un noble nipón. Fuente: historiajaponesa.com/

registra el primer contacto con exploradores portugueses y la posterior instauración de lazos con los que se llega a reportar la presencia de súbditos nipones en varios puntos de Europa. Pero debemos prestar especial atención al papel que protagonizó la introducción del catolicismo en la apertura parcial al exterior del imperio nipón y el posterior aislamiento de este.

La aventura que supuso el inicio de contactos con el Japón iba más allá de lo meramente económico. El Vaticano, frente a la merma de fieles que sufría el credo católico ante el creciente avance de las herejías y escisiones, que condenaban a una larga agonía al sueño de Carlos I de un imperio unido, supo ver en aquel lejano país una fértil tierra para la expansión del catolicismo. Los misioneros se sentían embargados y entusiasmados ante las expectativas evangelizadoras, y la tecnología alcanzada en el arte de la navegación en el s. xv daba por sentado que en breve tiempo no habría ningún punto del globo que le fuera desconocido al hombre europeo.

Ese período de evangelización y creación de lazos comerciales, que termina abruptamente en 1638, es considerado por muchos estudiosos de la historia del cristianismo como un siglo de oro.

El 15 de agosto de 1549 es cuando acontece la llegada del jesuita Francisco Javier al puerto de Kagoshima. A las pocas semanas, este santo varón obtuvo el permiso oficial del daimio Shimazu Takahisa para

Capítulo 4

Portugueses y jesuitas arriban a Japón

El primer contacto habido entre europeos y japoneses data del s. XVI. Aun así esta afirmación no se libra de varias dudas más o menos fundamentadas. Quizá este lodo histórico se lo debemos a otro hombre cuyas hazañas y descubrimientos cabalgan entre la realidad y la fantasía, como las del propio Marco Polo: el portugués Fernão Mendes Pinto, aventurero, corsario y muchas otras cosas más, quien aseguró ser el descubridor del Japón.

Si se vira en redondo y se vuelve al capítulo que hemos dedicado a la expansión portuguesa y española por el Pacífico, resulta obvio que los lusos debían ser los agraciados por el Destino para encontrar la hasta entonces mítica Cipango. Lo que resulta complicado es saber quién se ha de llevar este mérito.

Antonio Galvano, uno de los grandes conquistadores de Asia al servicio de las coronas de España y Portugal, según el momento, y gobernador de las Molucas entre 1536 y 1540, en un minúsculo libro, en el que relata sus peripecias y que sería publicado en 1557, data el primer encuentro con los nipones en 1542; aunque sería más correcto decir en octubre de 1543, si atendemos a las fuentes niponas y realizamos correctamente la conversión de los distintos calendarios. Tanto Galvano como



Detalle de un biombo en el que se aprecia una carraca portuguesa hacia 1571.
Museo de Kobe, Japón.

debería ser por otra razón que por el capricho de las corrientes y las tormentas.

El problema se agiganta al existir una confusión entre los personajes que menta Galvano, y los que acompañan a Pinto: Diogo Zeimoto y Cristovão Borallo. Ayuda al embrollo el que en los anales nipones se recojan al menos otros dos nombres más: Moura Siouksia y Krista Mota, registrados de forma fonética al ser tan diferentes entre sí las lenguas romances y el japonés.

Por lo visto, Pinto desembarcó en el puerto de Tanegashima (isla al sur de Kyūshū) y pronto entabló buenas relaciones con el reyezuelo local,



Obra datada en el s. XVII que representa a san Francisco Javier.
Museo de Kobe, Japón.

Capítulo 5

Un piloto inglés en la corte del sogún

Habiéndose repartido el orbe por mitades entre las dos potencias navales que eran Castilla y Portugal mediante el Tratado de Tordesillas, resulta complicado saber cómo unos países como Holanda e Inglaterra, que se presentaban como minúsculas molestias, reunieran los suficientes arresos como para enviar expediciones hasta el confín del mundo. Sin duda alguna, su animadversión hacia el papa de Roma y las naciones de «idólatras bobos» y «papistas», que se proclamaban dueños de todas las tierras, insuflaba viento suficiente a las velas y aspiraciones de los «herejes».

El 24 de junio de 1598, del puerto holandés de Texel parte una expedición compuesta por cinco navíos al mando de Jacob Mahu. Organizada en secreto por Pieter van der Hagen y Johan van der Veeken, tenía por destino la India y las Molucas y, por enseña la de una de las empresas que en 1602 formarían la Vereenigde Oost-Indische Compagnie.

Los navíos eran del tipo *flûte*⁶⁹ y poseían los siguientes nombres⁷⁰, comandantes, arqueos y tripulación: *Hoop* (Jacob Mahu), doscientas cincuenta toneladas y ciento treinta hombres; *De Liefde* (Simon de Cordes), ciento cincuenta toneladas y ciento diez hombres; *Geloof* (Gerrit van Beuningen), ciento cincuenta toneladas y ciento nueve hombres; *Trouwe* (Van Boekhout), cien toneladas y ochenta hombres; y *Blijde*



Grabado que representa la primera audiencia de Adams, tras la cual acabaría con sus huesos en un calabozo durante varios días. Fuente: hirado.nl/

de que tuvieran la condición de piratas y, aunque hubiera sido así, no habían causado mal alguno, al menos a Japón. La guerra que existía entre católicos y protestantes no interferiría en la política del imperio.

Los holandeses fueron puestos en libertad y Adams, a quien se lo conocería por el nombre de Ange y Hatamoto (noble), medró en la Corte, resultándole simpático al *mikado*. También fueron muy apreciados sus amplios conocimientos de matemáticas y construcción naval, siendo

Capítulo 6

Tokugawa Ieyasu tiende la mano a Nueva España

Justo un año después de que aconteciera la Masacre de los Veintiséis Mártires de Nagasaki, es decir, en 1598, Tokugawa Ieyasu comenzó a tantear a los españoles para sentar las bases de una relación diplomática con el Virreinato de Nueva España⁷⁵. La falta de tibieza en las decisiones que el *taikō* Toyotomi Hideyoshi había adoptado en perjuicio de los españoles durante los dos últimos años, no se lo ponía fácil al futuro sogún.

Desde la capitanía general de Filipinas se exigía a Toyotomi una satisfacción por los incidentes del *San Felipe* y la posterior crucifixión de los veintiséis cristianos en Nagasaki; pero, antes de agotar la vía diplomática y tomar la senda de las armas, se le encomendó al capitán Luis Navarrete Fajardo la misión de pedir audiencia y parlamentar con el *taikō*.

Como era costumbre, las palabras de Navarrete debían ir acompañadas de presentes que ablandaran la sordera del tirano y se le proveyó a este de prendas de oro y plata, lujosas ropas, además de un elefante enjaezado y enmantado de seda⁷⁶. Toyotomi tan solo respondió a Navarrete con excusas recargadas de amabilidad y rimbombancia. Respecto a los bienes de los navíos naufragados en Japón, el *taikō* dijo que estos pertenecían al señor del dominio en el que fueran arrojados por la mar; y como desconocía que el *San Felipe*, en concreto, pertenecía a Castilla, sus legítimos

Capítulo 7

La embajada de Sebastián Vizcaíno

El virrey de Nueva España, Luis de Velasco, no era un hombre dado a la indolencia. La embajada proveniente de Japón le granjeaba a Castilla la oportunidad de desembarcar en un país que hasta entonces tan solo había sido dominio de portugueses y curas. La devolución de la visita de cortesía le permitiría tantear el terreno.

Además, Tokugawa Ieyasu ya había mostrado, en los tiempos de Vivero, gran interés en la explotación de las minas de oro y plata del Japón, motivo por el que se envió al archipiélago unos cincuenta expertos mineros de Nueva España. Eran días en los que muchos se frotaban las manos.

Los días transcurrieron en Ciudad de México sin sobresaltos. Los miembros de la embajada no dejaron en ningún momento de ser honrados y agasajados, y hasta se sintieron atraídos por el cristianismo, llegando Tanaka Shōsuke a convertirse, adoptando el nombre de Francisco Velasco.

Cuando se agotó el tiempo, el cortejo quedó a cargo de Sebastián Vizcaíno, a quien acompañarían al Japón el capitán Palacios, un comisario, seis frailes franciscanos, entre los que se encontraban fray Luis Sotelo y un par de excelentes intérpretes, y cincuenta y cinco hombres, todos ellos a bordo del galeón *San Francisco*.



Date Masamune,
El Dragón de un
Solo Ojo. Fuente:
Wikipedia

El viernes 24 de junio, Vizcaíno y sus hombres acudieron al convento de San Francisco, donde dieron las gracias por el buen cariz de la misión. No se había vivido ningún enfrentamiento o malentendido y rindieron honores a san Juan en el día de su festividad.

A la salida del templo, los españoles se encontraron con Date Masamune, el Dragón de un Solo Ojo, señor de la región de Tōhoku y mano derecha de Tokugawa Ieyasu. Este se entendió a la primera con el embajador y los franciscanos, tanto que se nombró valedor y protector de los



Fray Luis Sotelo junto a Hasekura Tsunenaga y otros japoneses.
Sala Regia del Palazzo Quirinale, Roma. Fuente: Wikipedia

Capítulo 8

La conspiración de Adams y el fin de la presencia española en Japón

El navío *De Roode Leeuw* regresó a las Provincias Unidas con la nueva del permiso para comerciar, concedido el 24 de agosto de 1609, y en julio de 1611 partía el primer navío, de nombre *Brach*, hacia Firando. A su llegada a destino, las autoridades niponas exigieron a su comandante el manifiesto de carga, pero este se negó a entregar documentación alguna, ya que los holandeses tenían que ser tratados con los mismos privilegios que los portugueses.

No iba a quedar otro remedio que acudir nuevamente a palacio y solicitar los permisos en idénticas condiciones que los lusos.

Los holandeses organizaron una embajada compuesta por dos factores, uno de los cuales, el oficial superior, era un tal Jacob Spex. William Adams se les uniría y juntos harían el largo camino hasta la capital.

Llegaron poco después de la visita de una frustrada embajada portuguesa y de la triunfante delegación diplomática del capitán general Sebastián Vizcaíno, quien había traído de regreso desde Nueva España a los embajadores que habían zarpado a bordo del *San Buenventura* en agosto de 1610.

Temiendo que la recargada embajada de Vizcaíno formara una excesiva y enojosa sombra sobre sus demandas de ampliación del acuerdo



Acuarela que interpreta el posible aspecto del tambor de Sebastián Vizcaíno (por el autor del presente ensayo histórico).

Comenzaba a materializarse un proyecto largamente meditado, cuyo fin era expulsar a los papistas de Japón, y puede que la franqueza de los holandeses agradara a la Corte, cuya aversión contra el cristianismo no dejaba de aumentar.

A dar mayor consistencia a la imagen de prepotencia y de avaricia de España ayudó la expedición del almirante portugués Nuño de Sotomayor. No tardando mucho en desembarcar de su fragata, vino a exigir al *tennō* que destituyera al magistrado de Nagasaki, con quien había tenido más de un encontronazo. El gobierno Tokugawa replicó que los portugueses eran libres de venir a las tierras del Japón, pero que no convirtieran su arrogancia y su ánimo de avasallar en tarjeta de presentación.



Hasekura Tsunenaga en Roma, según Claude Deruet.
Fuente: Wikipedia

Capítulo 9

Historia de la Compañía de las Indias Orientales de Londres en Firando

Los ingleses habían avanzado mucho en su carrera comercial hacia el Extremo Oriente desde que William Adams partiera de Texel en 1598. Este tuvo conocimiento de los logros de sus compatriotas gracias a Jacob Spex, quien dirigiría la embajada de 1609; así que no tardó mucho en ver la posibilidad de que sus comunicaciones llegasen hasta Limehouse, hasta su hogar.

En octubre de 1611 escribe a una compañía con el pintoresco nombre de Marchaunts of London Tradeinge to the East Indies o Worshipful Fellowship of the Merchants of London, Trading East India Company; es decir, la Honorable East India Company. Dicho pliego haría el viaje desde Firando hasta Bantén, en Java, a bordo de un navío holandés, llegando a tiempo para ser embarcado en el *Globe* con rumbo a Inglaterra en el mes de junio de 1612.

Quien rompió el lacre que sellaba la hoja de papel se maravilló ante la letra de Adams que, con cierta exageración, cantaba las abundantes riquezas del Japón, a la par que ofrecía un sentido resumen de la forma de ser de los nipones: bondadosos, civilizados, arrojados y expertos en el arte de la guerra.

Capítulo 10

Así paga Edo a los traidores

Habiéndose convertido el año 1638 en un recuerdo del pasado, tras la erradicación de la rebelión Shimabara y la instauración del *sakoku*, la única pega que tenían los holandeses, quienes se mantenían en Japón como contraprestación a sus servicios en Hara, la conformaba la abundante flota china, compuesta por unos noventa y tres buques, corsarios en su mayoría, que monopolizaba el mercado entre el continente y Japón.

Los neerlandeses tan solo podían ofrecer manufacturas provenientes de Macao y otras colonias del Asia continental; aun así, su mercado superaba los tres millones de florines que se convertían en metales preciosos que terminaban en las arcas de la Compañía.

Pero había que ser demasiado estúpido como para creer que los chinos supondrían el único problema y que los holandeses se hubieran convertido en algo parecido a intocables. En la Corte veían con suspicacia cómo los holandeses podían odiar hasta tal nivel a españoles y portugueses. Habían contribuido a la expulsión de los católicos y a la prohibición de la práctica del catolicismo en Japón, pero rezaban al mismo dios. Resultaba un tanto chocante.

Las distancias comenzaban a marcarse y el 9 de noviembre de 1640 se leyó en Firando la orden imperial por la que toda estructura construida

Capítulo 11

La santa madre Rusia se asoma al Pacífico

Los decretos de expulsión calaron muy hondo en el ánimo de las potencias occidentales, siendo relegado el Japón al olvido durante largos años. Tanto que parecía haberse perdido en la bruma de la historia, convirtiéndose casi en un mito.

Para el país de los dioses supuso una era de paz bajo el régimen dictatorial de los sogún Tokugawa quienes, entre 1673 y 1777, gobernaron sin tener que lidiar con ningún interés extranjero más allá de las inocentes demandas de los ridículos holandeses de Dejima.

Pero este período, en el que el mundo giraba a una velocidad más lenta en un Japón que se aferraba a la Edad Media, pronto llegaría a su fin.

Por su proximidad geográfica, Rusia se veía abocada a ser la nación que con más insistencia se presentaría ante las enigmáticas costas de Cipango. No obstante, siempre acabó cosechando rotundos y bochornosos fracasos, uno tras otro, hasta que los Estados Unidos de América, con una descarada *Diplomacia del Cañonero*, consiguieron en 1854 el primer tratado internacional y, de esta manera, abrir la senda a futuras convenciones con distintas naciones europeas.

En 1713, tras el descubrimiento de las islas Kuriles, al nordeste de Japón, una Rusia en pleno esplendor y apogeo inició una serie de contactos

Capítulo 12

Primeros barcos norteamericanos en Japón

Encontramos una referencia en 1791 para datar la primera, mas muy desconocida, expedición norteamericana al Japón. Durante ese año, el bergantín *Lady Washington*¹³⁴ (capitán John Kendrick¹³⁵) y la goleta *Grace* (capitán William Douglas¹³⁶) fondearon en la isla de Kii Oshima (península de Kii). Supuestamente, Kendrick, en un alarde muy propio de la época, realizó un acto de reclamación de la soberanía sobre aquellas tierras al que nadie debió hacer el menor caso.

Sin embargo, para tener constancia plena de la presencia de buques norteamericanos en las aguas del Japón, tendremos que acudir a los fletados entre los años 1797 y 1809 por la Compañía de las Indias Orientales para evitar indeseados encuentros en alta mar con buques de guerra al mando de capitanes muy dados a la codicia. De entre ellos, destaca el bergantín *Eliza of New York*, al mando del capitán William Robert Stewart, también de Nueva York.

Muy ducho en el comercio entre los Estados Unidos de América y China desde mediados de la década de 1780, Stewart partiría de Nueva York a bordo del *Eliza* el 21 de febrero de 1791 para participar en la caza de focas en las islas Malvinas. Tras capturar y desollar dieciocho mil de

Capítulo 13

Albión mira más allá del mar de la China

La tercera expedición de James Cook¹⁴⁷, con este ya fallecido en Hawái en 1779¹⁴⁸, barajó la costa de Nipón, bautizándose en sus cartas geográficas aquellas costas con nombres ingleses.

En 1791, el *Argonaut*, mercante inglés al mando del capitán James Colnet y dedicado al comercio de pieles, quiso encontrar puntos de encuentro favorables para abrir líneas comerciales con Gran Bretaña. Barajó el litoral occidental del archipiélago, pero fue expulsado por embarcaciones guardacostas formadas en línea, impidiendo un desembarco.

Lo único cortés que Colnet obtuvo de los nipones fue que lo proveyeran de agua dulce y madera para reparaciones y combustible.

Para el año 1796, el capitán William Robert Broughton¹⁴⁹, al mando de la goleta HMS *Providence*¹⁵⁰, arribó a las islas del Japón en misión científica y cartográfica. Pasó cierto tiempo en las costas de Ezo, donde fue muy bien tratado, sobre todo porque supo dar a entender que su presencia en el archipiélago no albergaba ninguna intención comercial.

Un año después, en 1797, la HMS *Providence* naufragó en Lew Chew¹⁵¹.

El 8 de septiembre 1803, el mercante inglés *Frederick*, al mando del capitán James Torry, partió de Calcuta con Nagasaki como destino.

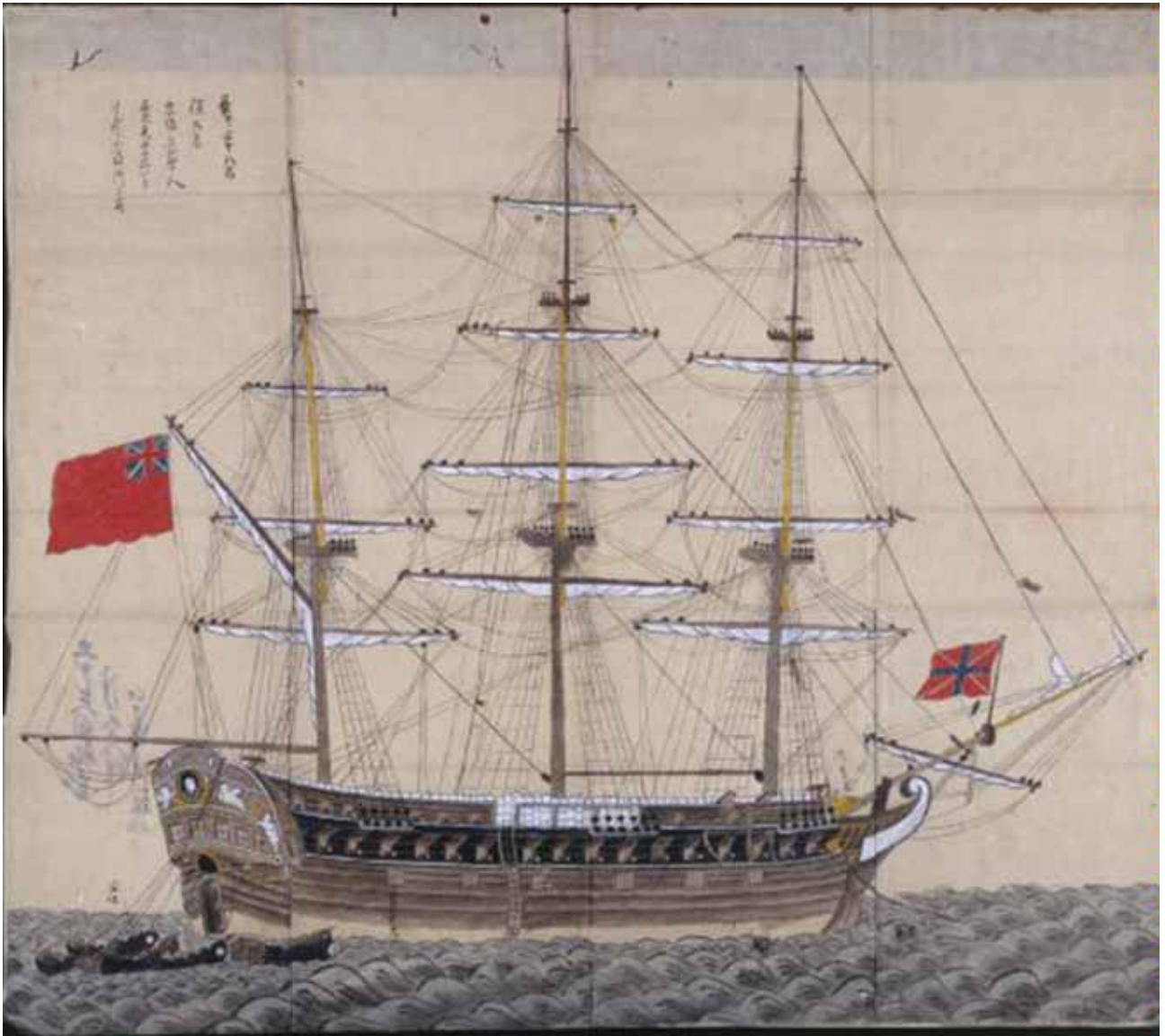


Capitán William Robert Broughton. Museo Marítimo Nacional, Greenwich (londres).

Con las bodegas repletas de artículos que debían despertar la curiosidad de cualquiera, estos no salieron de sus cajones, ya que, en cuanto asomó ante la bahía, se le prohibió la entrada y se le concedieron veinticuatro días de cortesía para desaparecer como alma que lleva el diablo. A Torry no le cupo duda alguna de que los holandeses estaban detrás de toda aquella desaforada reacción por parte de las autoridades niponas. Y es que Inglaterra ya había alcanzado un vasto dominio colonial, en no pocas ocasiones a costa de los territorios de ultramar neerlandeses.

Una vez más, aquellos rijosos y rencorosos holandeses trataban de expulsar al competidor; sin embargo, también tuvo mucho que ver la visita del *Nagasaki Maru*.

Llegado el s. XIX es hora de poner proa hacia años apasionantes y tensos. Napoleón Bonaparte se había coronado a sí mismo emperador. Su sueño era crear una Europa nueva, pero la convirtió en un campo de batalla empapado en sangre y arrasado por el fuego. Se vivía una lucha por un cambio, por un imperio; en definitiva, por un anhelo que defendían las tropas de la *Grande Armée*.



La HMS *Phaeton* a los ojos de un artista japonés.
Museo de Historia y Cultura de Nagasaki, Japón.

Las órdenes eran bien simples. Había que darles caza y aquella era una misión que alegraría los corazones de sus hombres: «Sink, burn and destroy»¹⁵⁶.

Pellew no desperdiciaría la oportunidad.

Sin más demora, la *Phaeton* arrumbó hacia Japón, llegando a la bahía de Nagasaki el día 8 de octubre sin haber hallado señal alguna de las dos presas. Para enmascarar su presencia en aquellas aguas y no alertar a sus enemigos en tierra, Pellew ordenó que su fragata se convirtiera en un *fásmido*¹⁵⁷ náutico. Se disfrazó todo aquello que pudiera delatar su verdadera condición y, arriándose la bandera de la escuadra con idéntico

Capítulo 14

Dejima queda aislada del mundo

Tras un análisis superficial de la incursión de la *Phaeton*, el *bakufu* decretó la ejecución inmediata de obras de fortificación para las defensas costeras, así como la fabricación de más cañones, aunque todo esfuerzo sería inútil ante la escasez de experiencia y el lastre de una tecnología más que obsoleta.

Quizá lo más reseñable de los decretos promulgados a raíz de la acción de Pellew en Nagasaki, sin guardar relación directa con lo anteriormente mencionado, fue la orden para la instrucción de intérpretes en lenguas bárbaras distintas al holandés; principalmente inglés y ruso¹⁶⁵, algo muy necesario por ser estos los idiomas que hablaban los tripulantes de los navíos que rondaban sin descanso las costas niponas.

Ya tratamos en su momento una serie de estrictas medidas con las que se trataba de expulsar «por las buenas» a los holandeses que aún se resistían a abandonar Japón. En dicho epígrafe se describió el trato que se dispensaba a los factores, su traslado obligatorio de Firando a Dejima, los controles, las trabas al comercio, etc.; pero la irrupción de la *Phaeton* en la bahía supuso subir otro escalón más, un agujero más en un apretadísimo cinturón, y todo ello amparado en una política de seguridad, al menos a ojos de Luis de Estrada. Este, en su obra *Consideraciones sobre*

Capítulo 15

Tratando de abrir los ojos

La presencia americana en los mares de China comienza a ser notoria entre las décadas de 1780 y 1800, y todo gracias a líneas regulares que comenzaban a unir Cantón y algunos puertos de las Indias Orientales Neerlandesas con Nueva York y San Francisco. Tal fue así que pronto se observó la necesidad de proteger los intereses estadounidenses en aguas asiáticas, desplegándose en 1818 la fragata USS *Constitution* en dichos mares, o estableciéndose la Estación Naval del Pacífico en Valparaíso y Callao entre los años 1821 y 1824. Destaca que la USS *Potomac*, al mando del capitán John Downes y por orden expresa del presidente Andrew Jackson, partiera el verano de 1831 con rumbo a Quallah Batto (Sumatra) para capturar y ajusticiar a los culpables del ataque pirata perpetrado contra un mercante de Salem, el *Friendship*, que se saldó con la muerte del primer oficial y de dos marineros¹⁷⁶.

Esto en relación al tráfico de mercancías, ya que, en lo que respecta a la industria ballenera estadounidense, hacia la década de 1820 el número de navíos había aumentado de forma extraordinaria. Rondaban con una insistencia casi insultante el archipiélago del Japón, aunque con la inocente intención de cobijarse del mal tiempo y proveerse de víveres, a la par que esquilaban de cetáceos aquellas aguas.

Capítulo 16

Rompiendo el muro

La victoria británica en la denominada primera guerra del Opio obligó al Imperio Celeste a desprenderse de Hong Kong, que pasó a convertirse en colonia, a permitir la apertura al libre comercio de varios puertos y a poner fin a la política aislacionista. Los tratados firmados a raíz de la paz con distintas potencias occidentales, incluida Estados Unidos de América, se tradujeron en puertos seguros en China para el estacionamiento de barcos de mercancías y balleneros europeos y americanos, que rondaban con mayor insistencia costas nada recomendables, así como de buques de guerra. Hong Kong se prestaba a ser una base situada a unas quinientas millas de Nagasaki.

Se señalan las visitas del ballenero americano *Manhattan* y de la corbeta de guerra británica *Samarang*, incidentes ambos que sucedieron en 1845, como el ariete más importante en el resquebrajamiento de la política de aislamiento.

Durante el mes de marzo, poco antes de la aparición de la *Samarang*, Edo recibió la visita del ballenero *Manhattan*, buque con base en el puerto norteamericano de Sag (Long Island) y al mando del capitán Mercator Cooper¹⁸⁸, que venía a repatriar a veintidós marineros japoneses que habían naufragado en las islas del norte del archipiélago. Agradeciéndole el

Capítulo 17

Donde Biddle fracasa, Glynn cumple

No habían transcurrido más de cinco años desde que el magnate Charles W. King inmortalizara su aventura a bordo de la SS *Morrison* en su obra autobiográfica. Aquellos hechos, relatados en el libro *The claims of Japan and Malaysia upon Christendom, exhibited in notes of voyages made in 1837, from Canton, in the ship Morrison and brig Himmaleh*, calaron muy hondo en los corazones de sus conciudadanos, al igual que no cayó en saco roto su sentencia sobre cómo debería ser, en caso de producirse, el próximo contacto con el Japón: «stronger and wiser».

El interés por el aislado archipiélago, donde podría crearse una base para las líneas que trataban de enlazar China con California, siguió aumentando, hasta el punto de que, en el año de 1845, el Congreso de los Estados Unidos de América trató de aprobar una resolución que legitimara la apertura al comercio del país del sol naciente con la Unión. Por mucho que cueste creer, la propuesta no fue recibida con buenos ojos por los congresistas, así que el gobierno, jugándose a una sola carta, organizó por su cuenta una expedición militar que, en su forma y finalidad, sería la que en 1853 llevaría a buen puerto el comodoro Matthew C. Perry.

Queriendo complacer los anhelos de Washington, el comodoro James Biddle, al mando del navío de línea de setenta y cuatro cañones

Capítulo 18

El comodoro Perry prepara la tenaza

Occidente seguía revolviéndose contra el aislacionismo de Japón. Eran tiempos en los que se publicaban libros como el del holandés Gerar Lauts (1787-1865), miembro de la factoría de Dejima, quien ofrecía a sus compatriotas un breve destello acerca del hermético reino oriental bajo el título de *Japan in zijne staatkundige en burgerlijke inrigtingen en verkeer met Europesche natiën*, en el que trataba sobre sus instituciones políticas y civiles.

Los periódicos solo se referían al país de los dioses para reiterar las angustiosas noticias acerca de la suerte de los pobres náufragos que acababan en manos de las autoridades japonesas, tripulantes de balleneros estadounidenses en su inmensa mayoría.

La hazaña de James Glynn encendió los ánimos de tal modo que Washington se pensó muy en serio el retomar la idea de la misión fallida de Biddle, pero dotando al nuevo comodoro de mejores armas con las que presentarse en Edo. Así que bien pronto se habló en todos los rincones de la capital y en las columnas de todos los diarios de una expedición cuyo objetivo sería alcanzar un tratado con el emperador del Japón, aunque no fue hasta febrero de 1852 cuando comienza a definirse la misión como comercial.



Grabado del comodoro Perry contenido en la publicación
The Illustrated London News de 7 de mayo de 1853.

a dicho apoyo, resulta más que interesante lo que se llega a publicar en el *The London Times*, en su edición de 26 de marzo de 1852. En un «bello» canto al colonialismo más feroz, a la par que se deseaba que la expedición que iba a partir de los Estados Unidos obtuviera un esplendoroso éxito para beneficio del espíritu humano y sin derramamiento innecesario de sangre, se proclamaba que ninguna tribu o raza tenía el derecho de excluir al resto de la humanidad de toda participación en los beneficios que se derivan de sus regiones.



Townsend Harris, obra de James Bogle.

No nos podemos olvidar de otros personajes que se vieron directamente relacionados con la expedición en diferentes momentos:

- Bernard J. Bettelheim fue el primer anglicano y misionero cristiano en Japón desde la expulsión. Arribó a Okinawa el 30 de abril de 1846. Sirvió a Perry como intérprete y consejero.
- John Cassin, considerado como el mejor ornitólogo de su tiempo. Aunque no participó de la expedición, escribió la sección

Capítulo 19

Arriban los *kurofune*

El comodoro Matthew C. Perry nunca cejó en su empeño y, tras muchos tiras y aflojas, consiguió que se le dieran las órdenes pertinentes y el permiso definitivo para zarpar a bordo de la *Mississippi* y encontrarse con las demás unidades de su escuadra en China. Tal hecho acontecería el 24 de noviembre de 1852, en Norfolk (Virginia).

Entre dicho reputado puerto norteamericano y Loo Choo, se realizarían diferentes escalas en Madeira (islas Azores), Santa Helena, Ciudad del Cabo, Mauricio, Point de Galle, Ceilán, Singapur, Hong Kong y Macao²¹⁴; pero pronto aparecerán escollos para el buen desarrollo de la expedición.

La *Susquehanna*, según misiva del propio Perry de fecha 27 de abril de 1853, tendría que partir para Shanghái para tranquilizar a las casas comerciales estadounidenses allí radicadas que, con el clima de tensión *in crescendo* que se estaba viviendo en la región²¹⁵, veían peligrar unas inversiones valoradas en un millón doscientos mil dólares.

En el momento de la llegada de Perry a China, el país se veía sumido en un nuevo conflicto civil, pero el comodoro esperaba poder desvincular a sus navíos de los problemas que se vivían en el continente para cumplir



Detalle de los cuatro navíos de Perry en Kurihama.
Museo del Arte del castillo Hikone, Shiga (Japón).

Capítulo 20

Encuentro crucial en Kurihama

Nakajima Saburosuke trataba de mantener la compostura. Nunca se había visto involucrado en una situación semejante. Sentía más el peso en el corazón que en los hombros. Parecía encontrarse en una encrucijada en la que, siendo indiferente el camino por el que optase, terminaría postrado en el suelo con los intestinos desparramados sobre el tatami. Su sangre, que sería absorbida con avidez por la tela de su kimono y por las fibras de bambú, lavaría la afrenta que sufriría su clan.

Ese había sido el destino de Matsudaira Yasuhide, magistrado de Nagasaki, por la humillación sufrida en octubre de 1808 al no saber hacer frente a la espectacular incursión de la fragata HMS *Phaeton*.

Pero Nakajima era el *yoriki* del magistrado de Uraga. Otros lo acompañarían en esa especie de suerte si aquella cuestión no se resolvía de forma satisfactoria.

Sentía el vaivén del suelo de madera a sus pies. Los olores a bordo de aquella monstruosa nave eran ofensivos e intensos. El carbón se confundía con la brea de la jarcia.

Los oficiales occidentales le causaron una honda impresión, muy distinta a la de otros *gaijin* que, seguramente, hubiera podido conocer en Edo. De inmediato los identificó como hombres instruidos, que regían

Capítulo 21

Forjando una voluntad para un acuerdo

El navío holandés *Hendrika*, procedente del Japón, llegó a Batavia el día 15 de diciembre de 1853 portando noticias de nuevos intentos de contacto por parte de potencias europeas. Sus oficiales aseguraban que el 20 de agosto había echado el ancla en la bahía de Nagasaki la flota del almirante ruso Yevfimiy Vasilyevich Putyatin²³⁶, compuesta por la fragata *Pallada*, una corbeta, un vapor y un transporte. El oficial entregó al gobernador de Nagasaki una carta del zar que fue inmediatamente enviada a Edo, quedándose la flota a la espera de la respuesta a su oferta de un tratado comercial.

Putyatin fue igual de necio que Rezanov y repitió parte de la experiencia.

Pero la *Hendrika* no llevó consigo noticia alguna sobre la tormenta política que se había desatado en Edo por el choque entre dos corrientes totalmente enfrentadas. La primera, de clara oposición a cualquier concesión a los extranjeros y carente de temor alguno al empleo de las armas, estaba liderada por Tokugawa Nariaki, señor de Mito. En contra estaba Ii Naosuke, el principal consejero del sogún, quien abogaba por abrir los puertos a los americanos, pero con grandes limitaciones y sin permitir el

Capítulo 22

Consecuencias del acuerdo logrado por el comodoro Perry

El Tratado de Paz y Amistad o Convención de Kanagawa, de 31 de marzo de 1854, no supuso, a pesar de la apertura de tres puertos, la derogación de las prohibiciones del sogunado en relación con los contactos con el exterior.

Sí resultó ser una danza sobre el filo de una diplomacia muy peligrosa. En ningún caso había que mostrar que el *bakufu* se había debilitado, pero tampoco soliviantar a los extranjeros. Por si fuera poco, Abe Masahiro ordenó alcanzar un acuerdo que satisficiera a un tercero en discordia: los poderosos y radicales daimio que no dudarían un instante en declarar una guerra civil si el sogún postraba el trono imperial ante los *gaijin*.

La decisión de Abe consternó a los señores más próximos al *bakufu*, los señores *fudai*, leales a los Tokugawa desde el s. XVII, y soliviantó a los señores «externos», los *tozama*, alejados de la corte de Edo y más proclives a un levantamiento y a la restauración del poder imperial. Entre estos últimos se encontraba a la cabeza un daimio al que ya hemos nombrado, el señor de Mito, Tokugawa Nariaki, leal al emperador y un fanático xenófobo, quien sería puesto al frente de la defensa nacional en 1854.



El pintor Yoshifuji se valió de su arte para plasmar la tensa situación que se vivía en Japón a comienzos de la década de 1861 (ukiyo-e.org/).

Capítulo 23

Relaciones entre España y el Imperio del Sol Naciente tras siglos de desentendimiento

Consideramos más que apropiado dedicar este último capítulo, aunque sea más extenso que los anteriores, a la relación existente entre España y el Japón antes y después de la restauración de relaciones en 1868, sobre todo por el papel que nuestro país protagonizó durante el siglo xvii.

Se puede marcar la década que arranca en 1850 como aquella en la que se inició lo que podríamos denominar *Carrera hacia el Oriente*. Una carrera muy distinta a la que españoles y portugueses protagonizaron en el siglo xvi.

Estudiando la coyuntura que llevó a que el comodoro Perry alcanzara el sobresaliente éxito del Convenio de 1854, asistimos al momento en el que se da el pistoletazo para que Japón se sumara a la larga lista de naciones orientales que firmaban tratados *desiguales*, en los que las potencias europeas hacían y deshacían casi a voluntad. Acuerdos en los que los extranjeros introducían sus mercancías en el territorio sin problemas, gracias a laxas políticas aduaneras, y levantaban factorías y franquicias por doquier.

España no fue ajena a todo este ajetreo y trató de tomar como lanzadera las cercanas islas Filipinas. La cuestión de la construcción del canal de Suez amenazaba con quebrar la situación estratégica del archipiélago



Caricatura despectiva que representa el tan temido peligro amarillo que los propios occidentales habían creado. Fuente: Wikipedia

colonias españolas, por lo que las relaciones diplomáticas sufrirían constantes altibajos.

Manila pretendía conseguir del gobierno japonés una declaración por la que se abstendría de cualquier reclamación o incursión sobre las colonias españolas.

Siendo Madrid conocedor del peligro que supondría el cambio de las relaciones diplomáticas hispano-niponas (en el mismo sentido que habían sufrido las hispano-norteamericanas, de una política neutral por parte de Washington a otra intervencionista a favor de los insurrectos cubanos), el 2 de enero de 1897 España reconoce junto a Japón los derechos mutuos de igualdad y se redacta un protocolo conocido como De Nacionalizaciones.

Bibliografía

LIBROS

ALEJANDRE SINTES, Luis. *La guerra de la Conchinchina*. Barcelona: Edhasa. 2006.

ARRUPE, Pedro. *Yo viví la bomba atómica*. Bilbao: Mensajero. 2010.

BELCHER, sir Edward. *Narrative of the voyage of H.M.S. Samarang*. Londres: Reeve, Benham and Reeve. 1848.

DE ESTRADA, Luis. *Consideraciones sobre la importancia y vicisitudes del comercio del Japón con las demás naciones y principalmente con las de Europa*. Madrid: La América. 1857.

DE MORGA, Antonio. *Sucesos de las islas Filipinas*. París: Garnier. 1890.

DE VEGA CARPIO, Lope. *Triunfo de la fee en los reynos del Japón, por los años 1614 y 1615*. Madrid: Viuda de Alonso Martín. 1618.